

nato, Castiglione, Roveredo, Bassano, San Jorge, Fontana-niva, Caldiero, Arcola, Rivoli, La Favorita, El Tagliamento, Tarwis y Neumarck. — Sesenta y siete combates empeñados.»

Joubert y Andreossy hablaron á su vez, recibiendo una lisonjera contestación del presidente del Directorio; y después de todas estas arengas, los generales fueron á recibir su abrazo. Cuando tocó el turno á Bonaparte, los cuatro directores se precipitaron en los brazos del general como por un movimiento involuntario, y

resonaron unánimes aclamaciones. A ellas unió sus gritos el pueblo apiñado en las calles inmediatas, y con ellos se confundió también el estampido del cañón: todos los ánimos parecían dominados por la embriaguez. ¡He aquí cómo Francia se arrojó en brazos de un hombre extraordinario! ¡No acusemos á la debilidad de nuestros padres; esa gloria no llega á nosotros sino á través de las nubes del tiempo y de las desdichas, y sin embargo, nos arrebató! Repitamos con Esquino: *¡Qué sería si hubiésemos visto al mismo monstruo!*

CAPÍTULO XII

El general Bonaparte en París. — Sus relaciones con el Directorio. — Proyecto de un desembarco en Inglaterra. — Relaciones de Francia con el continente. — Congreso de Rastadt. — Causas de la dificultad en las negociaciones. — Revolución en Holanda, Roma y Suiza. — Situación interior en Francia. — Elecciones del año VI. — Escisiones electorales. — Nombramiento de Treillard para el Directorio. — Expedición á Egipto, substituída por Bonaparte al proyecto de desembarco. — Preparativos para esta expedición.

La recepción triunfal que el Directorio había hecho al general Bonaparte fué seguida de brillantes fiestas, con que le obsequiaron cada cual de por sí los directores, los individuos de los Consejos y los ministros, tratando todos de excederse en magnificencia. El héroe de estas fiestas quedó admirado del gusto que desplegó en su obsequio el ministro de Estado, hallando gran atractivo en la antigua elegancia francesa. En medio de toda esta pompa, mostrábase sencillo y afable, aunque severo, y casi insensible al placer; buscaba en la multitud al hombre útil y célebre para ir á hablar con él del arte ó de la ciencia en que se había ilustrado. Las principales notabilidades tenían por un honor que les distinguiese el general Bonaparte.

La instrucción del joven general no era sino la de un oficial que acaba de salir de las escuelas militares; pero gracias al instinto del genio, sabía hablar de los asuntos que le eran más desconocidos, emitiendo algunas de esas opiniones aventuradas, aunque originales, que sólo suelen ser impertinencias de la ignorancia, pero que en los hombres superiores, y expresadas con su estilo, producen ilusión y seducen aun á las especialidades. Observábase con sorpresa su facilidad en tratar todos los asuntos: los diarios, que se ocupaban de los menores detalles relativos á la persona del general Bonaparte, que referían en casa de qué personaje había comido, qué expresión tenía su rostro, si estaba alegre ó triste, dijeron que al comer en casa de Francisco de Neufchateau había hablado de matemáticas con Lagrange y Laplace, de metafísica con Sieyes, de poesía con Chenier y de legislación y de derecho público con Daunou.

Generalmente no se atrevían á preguntarle mucho cuando se hallaban en su presencia, deseándose sólo vivamente inducirle á que hablase de sus campañas. Cuando lo hacía, jamás decía nada de sí, sino de su ejército, de sus soldados y de la bravura republicana; pintaba el movimiento y el estruendo de las batallas; hacía comprender vivamente el momento decisivo, la manera de aprovecharle, y entusiasmaba á todos cuantos le oían con sus narraciones claras, sorprendentes y dramáticas. Si sus hazañas habían anunciado un gran capitán, sus conversaciones revelaban un espíritu original, fecundo, sucesivamente vasto ó preciso y siempre arrebatador cuando se enardecía. Había conquistado á las masas por su gloria; y por sus conversaciones comenzaba á conquistar uno á uno á los primeros hombres de

Francia. La seducción, ya muy grande, éralo más cuando se le había visto; hasta los indicios de un origen extranjero, que el tiempo no había borrado aún en su persona, contribuían á que fuera mayor el efecto.

La singularidad comunica siempre más prestigio al genio, sobre todo en Francia, donde, á pesar de ser muy uniformes las costumbres, gusta lo extraño apasionadamente. Bonaparte afectaba huir de la multitud, ocultándose á las miradas, y hasta acogía mal á veces las señales demasiado vivas de entusiasmo. Madama Stael, que amaba y tenía derecho á amar la grandeza, el genio y la gloria, estaba impaciente por ver á Bonaparte y expresarle su admiración. Este último, como hombre imperioso, que quiere que todo el mundo conserve su lugar, censuraba que madama Stael se saliese algunas veces del suyo; parecíale que tenía demasiado talento y entusiasmo; y presintiendo su independencia á través de su admiración, mostróse frío, duro é injusto. Como le preguntase un día, á la verdad con muy poco tacto, cuál era á sus ojos la primera de las mujeres, contestóla secamente: «La que ha tenido más hijos.» Desde aquel instante comenzó aquella antipatía recíproca, de la cual resultaron para ella tormentos poco merecidos, y que le indujeron á él á cometer actos de mezquino y brutal despotismo.

Bonaparte salía poco y habitaba en su casita de la calle de Chantreine, que había cambiado de nombre, y á la que el departamento de París denominó calle de la Victoria. Sólo veía á varios sabios, Monge, Lagrange, Laplace y Berthollet; á ciertos generales, como Desaix, Kléber y Caffarelli, y á algunos artistas, particularmente á Talma, el célebre actor que Francia acaba de perder, y á quien profesaba un afecto particular. Salía generalmente en un coche muy sencillo; si iba al teatro, estaba siempre en un palco de rejilla, y parecía no participar de ninguno de los disipados gustos de su esposa. Profesaba á ésta el mayor cariño; estaba dominado por la gracia particular, que así en la vida privada como en el trono, jamás abandonó á madama Beauharnais y que en ella suplía la belleza.

Habiendo quedado vacante una plaza en el Instituto por el destierro de Carnot, apresuráronse á ofrecérsela, y la aceptó con gran contento. El día de la admisión fué á sentarse entre Lagrange y Laplace, y no dejó de usar en las ceremonias el traje de individuo del Instituto, afectando ocultar así al guerrero bajo el vestido del sabio.

Tanta gloria debía hacer sombra á los jefes del gobierno, quienes no teniendo para sí, ni la antigüedad del rango, ni la grandeza personal, quedaban eclipsados completamente por el guerrero pacificador; pero manifestáronle las mayores consideraciones, y él correspondía con marcadas señales de deferencia. El sentimiento que más preocupa es generalmente aquel de que menos se habla. El Directorio estaba lejos de manifestar ninguno de sus temores; y recibía numerosos informes de sus espías, que iban á los cuarteles y sitios públicos para escuchar lo que se hablaba de Bonaparte. Decíase que el general debía ponerse muy pronto al frente de los asuntos públicos, derribar á un gobierno débil, y salvar así á Francia de los realistas y jacobinos. El Directorio, fingiendo ser franco, mostrábase aquellos informes, aparentando tratarlos con desprecio, como si hubiese creído al general incapaz de ambición; y Bonaparte, no menos disimulado, recibía aquellos testimonios con agradecimiento, asegurando ser digno de la confianza que se le dispensaba; pero de una y otra parte predominaba un gran recelo. Si los esbirros de la policía hablaban al Directorio de proyectos de usurpación, los oficiales que rodeaban al general hablábanle de envenenamiento. La muerte de Hoche había hecho concebir absurdas sospechas, y Bonaparte, que aunque exento de pueriles temores, era prudente, adoptaba grandes precauciones cuando le convidaba á comer cierto director. Sólo probaba las viandas cuando se había servido el mismo director, y no bebía más vino que el que le veía beber.

Complacíase Barras en dar á entender que á él debía Bonaparte su fortuna, y que no siendo ya su protector se conservaba su amigo. Manifestaba en particular un gran cariño á su persona, procurando convencerle de su afecto con su acostumbrado ingenio; aparentaba separarse de sus colegas y ponerse de parte del general. Bonaparte hacía poco aprecio de los testimonios de este director, y menos caso de su persona, sin pagar su servilismo con ninguna clase de confianza.

Consultábase á menudo á Bonaparte sobre ciertas cuestiones; enviábanle algún ministro para llamarle al Directorio; acudía al punto al lado de los directores, y emitía su opinión con aquel tono que le distinguía en la administración y en el gobierno como en la guerra. Afectaba en política una tendencia de ideas que correspondía con la posición en que se hallaba. Al día siguiente del 14 fructidor, hemos visto que una vez dado el impulso y asegurada la caída de la facción realista, se detuvo de pronto, sin querer prestar al gobierno más que el apoyo exactamente necesario para impedir la vuelta de la monarquía. Obtenido este objeto, no quiso aparentar que se unía al Directorio; deseaba permanecer fuera á la vista de todos los partidos, sin ligarse ni tampoco indisponerse con ninguno. La actitud de un censor era la que más convenía á su ambición: este papel es fácil, tratándose de un gobierno atacado en sentido contrario por las facciones y expuesto siempre á desfallecer; y es además ventajoso, porque atrae á todos los descontentos, es decir, á todos los partidos, los cuales se disgustan muy pronto del gobierno que desea reprimirlos, sin tener fuerza bastante para aniquilarlos. Las proclamas de Bonaparte á los cisalpinos y genoveses sobre las leyes que se quisieron expedir contra los nobles habían bastado para indicar la marcha de sus ideas.

Veíase, y sus discursos lo demostraban suficientemente, que condenaba la conducta del gobierno después del 18 fructidor: los patriotas debieron recobrar, como era natural, cierto ascendiente después del acontecimiento; y aunque el Directorio no estuviese dominado por ellos, sentíase un poco impelido, lo cual se reconocía por sus elecciones, sus medidas y su espíritu. Aunque observando la mayor reserva, Bonaparte dejaba entrever su espíritu de censura contra la dirección que seguía el gobierno; parecía considerarle como débil é incapaz, puesto que se dejaba batir por una facción después de haber sido derrotado por otra. Era evidente, en una palabra, que no estaba conforme con su parecer; y hasta se condujo de modo que demostrase que al querer oponerse á la vuelta de la monarquía, no estaba dispuesto, sin embargo, á aceptar la reponsabilidad de la revolución y de sus actos. Acercábase el aniversario del 21 de enero, y fué preciso negociar para inducirle á presentarse en la fiesta que se iba á celebrar por quinta vez. Había llegado á París en diciembre de 1797, y comenzaba el 1798 (nivoso y pluvioso del año vi). Bonaparte no quería asistir á la ceremonia, como si desaprobaba el acto que se celebraba, ó hubiera querido hacer alguna cosa por los hombres cuyas voluntades se había enajenado con sus proclamas del 18 fructidor y su ametrallamiento del 13 vendimiario. Queríase que figurase por todos conceptos. En otro tiempo general en jefe del ejército de Italia, y plenipotenciario de Francia en Campo-Formio, era hoy uno de los representantes del congreso de Rastadt, y general del ejército de Inglaterra, debiendo por lo tanto asistir á las solemnidades de su gobierno; pero alegaba que estas no eran cualidades que le obligasen á figurar, y que de consiguiente, siendo su presencia voluntaria, parecería un asentimiento que no quería dar: fué preciso transigir. El Instituto debía presentarse en cuerpo á la ceremonia, y Bonaparte se mezcló en sus filas, aparentando que cumplía con un deber. Entre todos los honores que se le habían dispensado, el cargo de individuo del Instituto era seguramente el más cómodo, si sabía aprovecharse de él oportunamente.

Pronto se adivina el poder naciente: rodeaban ya á Bonaparte muchos oficiosos y aduladores, y preguntábanle si pensaba limitarse siempre á mandar ejércitos; si no tomaría al fin en el gobierno de los negocios la parte que le aseguraban su ascendiente y su genio político. Sin saber aún lo que podía y debía ser, comprendía bien que era el primer hombre de su época; y al ver la influencia de Pichegrú en los Quinientos y de Barras en el Directorio, érale permitido creer que podría figurar notablemente en la política; mas por el pronto no veía cómo. Era demasiado joven para director; necesitábase haber cumplido cuarenta años y él no tenía treinta. Cierta que se hablaba de una dispensa de edad; pero se debería obtener esta concesión, que alarmaría á los republicanos haciéndoles poner el grito en el cielo, y que no valía seguramente los disgustos que podía ocasionarle.

Asociarse como quinta persona al gobierno, tener solamente su voto en el Directorio, y gastarse en luchas con unos Consejos independientes aún, era un cargo que no deseaba, y no valía la pena provocar una ilegalidad para semejante resultado. Aun tenía Francia un poderoso enemigo que combatir, Inglaterra, y por

más que Bonaparte estuviese cubierto de gloria, convéniale mejor recoger nuevos laureles y dejar al gobierno gastarse más en su penosa lucha contra los partidos.

Ya hemos dicho que el día mismo en que se supo en París que se había firmado el tratado de Campo-Formio, queriendo el Directorio inclinar la opinión contra Inglaterra, creó al punto un ejército llamado *de Inglaterra* y dió el mando al general Bonaparte. El gobierno pensaba franca y sinceramente tomar la senda más breve para atacar á aquélla, y al efecto quería practicar en ella un desembarco, pues la audacia de los ánimos en aquella época hacía muy factible semejante empresa. La expedición que se había ya intentado contra Irlanda manifestaba que podía efectuarse el tránsito á favor de las nieblas ó de un favorable viento; y no se creía que la nación inglesa, á pesar de todo su patriotismo, no teniendo todavía ejército, pudiese resistir á los admirables soldados de Italia y del Rhin, y mucho menos al genio del vencedor de Castiglione, Arcola y Rívoli.

El gobierno quería dejar en Italia sólo veinticinco mil hombres, é internar todos los demás; y por lo que hace al grande ejército de Alemania, compuesto de los del Rhin y del Sambre y Mosa, iba á reducirlos á la fuerza necesaria para imponer respeto al Imperio durante el congreso de Rastadt, y encaminar el resto hacia las costas del Océano. La misma dirección se daba á todas las tropas disponibles. Los generales de ingenieros recorrían las costas para elegir los mejores puntos de desembarco; se habían dado órdenes para reunir algunas escuadras en los puertos, y en toda la marina reinaba extraordinaria actividad.

Se estaba esperando que al menor viento se alejase la escuadra inglesa que bloqueaba la bahía de Cádiz y que la marina española pudiera ir á unirse con la francesa; en cuanto á la de Holanda, que se lisonjearan que se uniría también á la nuestra, acababa de sufrir un terrible descalabro á la vista de Texel, y volvió hecha astillas á los puertos de su nación; pero las marinas española y francesa bastaban para proteger el paso de una escuadrilla y asegurar el transporte de sesenta u ochenta mil hombres á Inglaterra.

También se había pensado para asegurar mejor todos estos preparativos en procurarse nuevos recursos de Hacienda, ya que el presupuesto, fijado como hemos visto en seiscientos diez y seis millones para el año vi, no bastaba para un armamento extraordinario. Se trató de que entrase el comercio en una empresa que tanto le interesaba, y se propuso un empréstito voluntario de ochenta millones que debía hipotecarse sobre el Estado. Parte de las ganancias de la expedición debía invertirse en premios, sorteables entre los prestamistas. El Directorio hizo que le pidiesen las proposiciones de este empréstito los principales negociantes, y se sometió el proyecto al cuerpo legislativo, pareciendo que se presentaba bien desde los primeros días, y se recibieron suscripciones por quince ó veinte millones. El Directorio no sólo dirigía sus esfuerzos sino también sus rigores contra Inglaterra: por una ley se prohibía la entrada de géneros ingleses; logró autorización para girar visitas domiciliarias que los descubriesen, y las hizo practicar en toda Francia el mismo día y á la misma hora, que fué el 4 de enero.

Aparentaba Bonaparte proteger este gran movimien-

to y acomodarse á él, pero en realidad el proyecto le halagaba poco. Marchar sobre Londres, penetrar en él y disparar sesenta mil hombres contra Inglaterra, no le parecía muy arduo; pero sí creía que sería imposible conquistar el país y permanecer en él; únicamente podría asolarlo, quitarle parte de sus riquezas, reducirle y aniquilarlo por medio siglo; pero sacrificaría en él al ejército que llevase y volvería casi solo después de una especie de invasión bárbara. Más tarde, teniendo poder más inmenso, más experiencia de sus recursos y un odio totalmente personal contra la Inglaterra, pensó seriamente en luchar cuerpo á cuerpo con ella y arriesgar su fortuna por arruinarla; pero á la sazón tenía otras ideas y muy distintos proyectos. Una razón había especialmente que le separaba de esta empresa: exigía muchos meses todavía, iba á llegar la primavera y era necesario esperar á las nieblas y vientos del próximo invierno para intentar el desembarco. Por otra parte; no quería permanecer ocioso un año en París, sin acrecentar sus proezas, y desmereciendo de su opinión en el hecho de no remontarla más.

Meditaba, pues, otro proyecto distinto, tan gigantesco como el desembarco en Inglaterra, pero más singular, de más vastas consecuencias, más conforme á su imaginación y sobre todo más inmediato. Hemos visto que en Italia reflexionaba mucho sobre el Mediterráneo; que había creado una especie de marina; que en la división de los Estados venecianos, había reservado para Francia las islas de Grecia; que había urdido ciertas intrigas con Malta, con la esperanza de arrebatarla á los caballeros y á los ingleses, y finalmente, que más de una vez había dirigido su contemplación hacia Egipto, como el punto intermedio que debía ocupar la Francia entre Europa y Asia, para asegurarse el comercio de Levante y de la India. Esta idea se apoderó de su imaginación, y no abrigaba más pensamiento. En el ministerio de Negocios extranjeros existían preciosos documentos sobre el Egipto y su importancia colonial, marítima y militar, é hizo que se los remitiese Mr. de Talleyrand, poniéndose inmediatamente á devorarlos. Obligado á recorrer las costas del Océano para la ejecución del proyecto sobre Inglaterra, ocupó su carruaje con apuntes, viajes y memorias sobre Egipto.

Así, aunque parecía obedecer á los deseos del Directorio, meditaba en otra empresa, y mientras personalmente se hallaba sobre las playas y bajo el cielo de la antigua Batavia, su imaginación discurría por las riberas de Oriente. Columbraba un confuso é ilimitado porvenir; y el engolfarse en aquellos países radiantes de gloria donde Alejandro y Mahoma habían vencido y fundado imperios, hacer resonar en ellos su nombre y transmitirle á Francia repercutido por los ecos del Asia, era para él una perspectiva encantadora.

Empezó, pues, á recorrer las costas del Océano durante los meses de enero y febrero de 1798, dando una excelente dirección á los preparativos de desembarco, pero totalmente entregado á otros pensamientos y proyectos.

Mientras la república dirigía todas sus fuerzas contra la Inglaterra, tenía que arreglar aún en el continente intereses de gravedad, siendo inmensa su influencia política. Tenía que tratar en Rastadt con el Imperio, es decir, con el feudalismo; tenía que dirigir por nuevo

rumbo á tres repúblicas, hijas suyas, la báltava, la cisalpina y la liguriana.

Colocada al frente del sistema democrático y en presencia del sistema feudal, tenía que evitar el choque entre ambos, para que no se reprodujese la lucha que con tanta gloria acababa de terminar, aunque no sin terribles esfuerzos. Tal era su destino, que no ofrecía menos dificultades que el embeber y arruinar á Inglaterra. Dos meses hacia que se había reunido el congreso de Rastadt. Bonnier, hombre de gran talento, y Treilhard, íntegro, pero brusco, representaban á Francia. Bonaparte, en los pocos días que había asistido al congreso, se convino de oculto con el Austria en arreglar lo necesario para la ocupación de Maguncia y la cabeza del puente de Manheim. Se había resuelto que se retirasen las tropas austriacas al acercarse las francesas, y abandonasen los límites del Imperio, debiendo las tropas francesas apoderarse entonces de Maguncia y de la cabeza del puente de Manheim, bien fuese intimidando á las milicias, que se verían solas, bien arrojándose al asalto, que fué lo que se ejecutó. Viéndose abandonadas de los austriacos las tropas del elector, entregaron á Maguncia; y aunque las que se hallaban en la cabeza del puente de Manheim quisieron oponer resistencia, se vieron por fin obligadas á ceder, y sin embargo, quedaron sacrificados algunos centenares de hombres. Era evidente, según estos acontecimientos, que conforme á los artículos secretos del tratado de Campo-Formio, el Austria reconocía á la república la línea del Rhin, pues que consentía en asegurarle los puntos más importantes. Convínose además en que el ejército francés dejaría durante las negociaciones la orilla derecha del Rhin y pasaría otra vez á la izquierda desde Basilea hasta Maguncia, en cuyo punto volvería á ocupar la orilla derecha, pero bajando siempre el Mein y sin traspasar sus orillas. Los ejércitos austriacos debían retirarse al otro lado del Danubio y hasta el Lech y evacuar las plazas fuertes de Ulm, Ingolstadt y Filipsburgo.

Su posición respecto al Imperio era poco más ó menos semejante á la de los ejércitos franceses, y la diputación del Imperio iba á deliberar de este modo entre dos líneas de soldados.

El Austria no cumplió francamente con los artículos secretos, porque fingiendo disimular, dejó guarniciones en Filipsburgo, Ulm é Ingolstadt. Francia pasó por alto esta infracción del tratado para no perturbar la buena armonía, y se trató después de enviar recíprocamente embajadores. Austria respondió que por entonces era suficiente comunicarse por medio de los ministros que tenían ambas potencias en el congreso de Rastadt, lo cual no era mostrar gran deseo de entablar amistosas relaciones con Francia; pero después de sus derrotas y humillaciones, se comprendía y perdonaba este resto de indignación por parte del Austria.

Las primeras explicaciones entre la diputación del Imperio y los ministros del Austria fueron bastante amargas, porque aquélla se quejaba de que éstos hubiesen contribuido á despojarle reconociendo la línea del Rhin para la república, y entregando pérfidamente Maguncia y la cabeza del puente de Manheim; sobre todo de que después de haber arrastrado el Austria al Imperio en su contienda, le abandonaba y entregaba sus

provincias para adquirir en cambio posesiones en Italia. Los ministros del emperador respondieron que se había recurrido á la guerra por los intereses del Imperio y por defender á los príncipes arraigados en Alsacia; que después de haber tomado las armas por interés suyo, había hecho extraordinarios esfuerzos durante seis años seguidos, viéndose abandonado sucesivamente por todos los Estados de la confederación; que casi había sostenido por sí solo todo el peso de la guerra y perdido en la lucha parte de sus Estados, especialmente las ricas provincias de la Bélgica y la Lombardía, debiendo recibir en cambio de tantos esfuerzos, ingratamente pagados, reconocimiento y no quejas. Lo cierto era que el emperador había tomado por pretexto la guerra á los príncipes radicados en Alsacia; que la había sostenido únicamente por ambición; que había comprometido á pesar suyo á la confederación germánica, y que á la sazón le era infiel para indemnizarse á costa suya. Después de acaloradas explicaciones que á nada condujeron, fué preciso pasar adelante y tratar de la base de las negociaciones.

Los franceses querían la orilla izquierda del Rhin, y para indemnizar de sus Estados á los príncipes desposeídos les proponían el medio de la secularización. El Austria, que no contenta con haber adquirido la mayor parte del territorio veneciano, quería reintegrarse todavía con algunos obispados y además andaba en secretos tratos con Francia; la Prusia, que había convenido con la misma Francia en indemnizarse en la orilla derecha del ducado de Cléveris que había perdido en la izquierda; los príncipes desposeídos, que preferían adquirir Estados en la orilla derecha, protegidos contra la proximidad de los franceses, á recobrar sus antiguos principados; todos, en fin, estaban igualmente por que se cediese la línea del Rhin y se empleasen las secularizaciones como medio de indemnización.

El Imperio, pues, difícilmente podría luchar contra tantas voluntades juntas; sin embargo, como los poderes dados á la diputación tenían por condición expresa la integridad del Imperio germánico, los plenipotenciarios franceses declararon reducidos é insuficientes los poderes y exigieron otros. La diputación logró que se renovase la Dieta; pero aunque tenía ya facultades para conceder la línea del Rhin y renunciar á la orilla izquierda, se obstinó sin embargo en defenderla. Daba muchas razones, porque éstas no faltan nunca. El Imperio germánico, decía la diputación, no ha sido el primero en declarar la guerra. Mucho antes de que se hubiese hecho esta declaración por la Dieta en Ratisbona, Custine había sorprendido á Maguncia é invadido la Franconia, de modo que no había hecho más que defenderse. La privación de una parte de su territorio trastornaba su constitución y comprometía su existencia, que interesaba á toda Europa. Las provincias de la orilla izquierda, de que querían privarla, eran de mediana importancia para un Estado tan vasto como era ya la república francesa. La línea del Rhin podía substituirse por otra línea militar, el Mosela, por ejemplo. Finalmente, la república renunciaba por tan miserables ventajas á la hermosa, pura y honorífica gloria de la moderación política. Por consiguiente, la diputación proponía abandonar todo lo que había poseído el Imperio al otro lado del Mosela, y tomar por límite este río.

A semejantes razones tenía la Francia otras mejores que oponer. Indudablemente había tomado la ofensiva y empezado de hecho la guerra; pero la verdadera guerra, la de intención, maquinaciones y preparativos, el Imperio era quien la había principiado. Los emigrados habían sido acogidos y organizados en Tréveris y Coblenza, desde donde debían partir las huestes encargadas de humillar, embrutecer y desmembrar á Francia. En vez de haber quedado ésta vencida era vencedora, y se aprovechaba de su suerte, no para devolver el mal que habían querido hacerla, sino para indemnizarse de la guerra que la habían hecho, exigiendo su verdadero límite natural, la línea del Rhin.

Se disputaba, pues, porque siempre dan margen á contestaciones aun las concesiones más inevitables; pero era evidente que la diputación iba á ceder la orilla izquierda, y sólo hacía esta resistencia para obtener mejores condiciones en otros puntos en cuestión.

Tal era el estado de las negociaciones en Rastadt en el mes lluvioso, año vi (febrero de 1798).

Augereau, á quien el Directorio había conferido el mando del ejército de Alemania para deshacerse de él, hallábase rodeado de los más fogosos jacobinos, y no podía menos de hacer sombra al Imperio, el cual temía sobre todo el contagio de los nuevos principios, y se quejaba de los escritos incendiarios circulados en Alemania. Había en Europa tantas cabezas turbulentas, que no era necesario suponer la intervención francesa para explicar la circulación de escritos revolucionarios; pero importaba al Directorio evitar toda queja. Por otra parte, estaba descontento de la conducta turbulenta de Augereau, y le retiró su mando, enviándole á Perpiñán, bajo el pretexto de reunir un ejército, destinado, según decían, á operar contra Portugal. A instigaciones de Pitt, aquella corte no había ratificado el tratado de paz con la república, y se la amenazaba con un golpe por ser aliada de Inglaterra. Por lo demás, esto no era sino una vana demostración, y la comisión confiada á Augereau una desgracia encubierta.

Además de las relaciones directas que comenzaba á reanudar con las potencias de Europa, Francia debía dirigir, como ya hemos visto, las nuevas repúblicas, que estaban naturalmente agitadas por partidos contrarios. El deber de Francia era ahorrarles las convulsiones que la habían desgarrado á ella misma, pues para ello había sido llamada y pagada. Tenía ejércitos en Holanda, en la Cisalpina y en Liguria, mantenidos á expensas de estas repúblicas, y si las abandonaba á sí mismas, para que no pareciese que atentaba contra su independencia, suscitábase el peligro de una contrarrevolución ó de un desencadenamiento del jacobinismo. En un caso había riesgo para el sistema republicano, y en el otro para la conservación de la paz general. Si los jacobinos llegaban á ser dueños en Holanda, eran capaces de indisponer á Prusia y Alemania, y si lo eran en Liguria y en la Cisalpina, podrían trastornar la Italia, haciendo entrar de nuevo en liza á Austria. Era, pues, preciso moderar la marcha de aquellas repúblicas; pero al efectuarlo, exponíanse á otro inconveniente. Europa se quejaba de que Francia hubiese hecho súbditos más bien que aliados de los holandeses, de los cisalpinos y de los genoveses, censurándola porque tendía á una dominación universal; y necesitábase por lo tanto

elegir agentes que tuviesen con exactitud el grado de opinión conveniente para el país en que debían residir, así como bastante tacto para hacer que se sintiera la mano de Francia sin ponerla en evidencia. Vemos, pues, que debían vencerse dificultades de todo género para mantener en presencia y sin choque los dos sistemas que en Europa acababan de oponerse uno á otro. Se les ha visto en guerra por espacio de seis años; se les verá durante uno en negociaciones, y este último probará mejor que la guerra aún su incompatibilidad natural.

Hemos designado ya los diversos partidos que dividían la Holanda. El partido moderado y sabio, que deseaba una constitución unitaria y templada, debía combatir á los orangistas, hechuras del estatúder; á los federalistas, partidarios de las antiguas divisiones provinciales, que aspiraban á dominar en sus provincias, no tolerando sino un débil lazo federal, y por último, á la democracia pura. El Directorio debía apoyar naturalmente al primer partido, opuesto á los otros tres, porque deseaba conciliar el antiguo sistema federativo con una suficiente concentración de gobierno, sin ninguna de las exageraciones contrarias. Se ha censurado mucho al Directorio acusándole de querer por todas partes la república *única é indivisible*, y se ha razonado generalmente mal sobre su sistema por este concepto. La república *única é indivisible*, imaginada en 93, hubiera sido siempre un pensamiento profundo, á no ser porque fué primero el fruto de un instinto poderoso. Un Estado tan homogéneo y tan unido como Francia no podía admitir el sistema federal; y hallándose tan amenazado como él, se habría perdido en admitirle: no convenía á su configuración geográfica ni á su situación política. Sin duda que desear en todas partes la unidad y la indivisibilidad en el mismo grado que en Francia, hubiera sido un absurdo; pero el Directorio, colocado á la cabeza de un nuevo sistema, obligado á buscarle aliados poderosos, debía tratar de comunicar fuerza y consistencia á sus nuevos aliados; y no hay una cosa ni otra sin cierto grado de concentración y de unidad. Tal era el pensamiento, ó mejor dicho, el instinto que dirigía y debía dirigir á los jefes de la república francesa.

Holanda, con su antiguo sistema federativo, se hubiera visto reducida á una completa impotencia: su asamblea nacional no había podido darse todavía una constitución; estaba sometida á todos los reglamentos de los antiguos Estados de Holanda; el federalismo dominaba, y los partidarios de la unidad y de una constitución moderada pedían la abolición de este reglamento y una constitución. Acusábase al enviado Noel de favorecer á los federales; y como Francia no podía menos de tomar desde luego un partido, envió á Joubert á mandar el ejército de Holanda: á Joubert, uno de los oficiales de Bonaparte en Italia, célebre desde su marcha por el Tirol, modesto, desinteresado, intrépido y fogoso patriota. Noel fué reemplazado por Delacroix, el antiguo ministro de Estado, aunque se habría podido hacer mejor elección. El Directorio carecía desgraciadamente de súbditos para la diplomacia; tenía muchos hombres de instrucción y distinguidos entre los individuos de las asambleas actuales ó pasadas; pero estos hombres no estaban acostumbrados á las formas diplomáticas; tenían mucho dogmatismo, y hubiera sido difícil encontrar algunos que conciliasen la firmeza de los